

# La suave ley de la contrarrevolución: comentario a la estética de Adalbert Stifter

ALEJANDRO MARTÍNEZ RODRÍGUEZ

*Alejandro Martínez Rodríguez es investigador en el Seminario de Investigación para la Paz con sede en Zaragoza (proyecto La paz y la memoria. Cultura de paz y cultura anamnética), miembro del Seminario La filosofía después del Holocausto del Instituto de Filosofía del CSIC y becario de Introducción a la Investigación en el Instituto de Filosofía del CSIC. Actualmente trabaja la cuestión de la temporalidad mesiánica en Benjamin y Rosenzweig.*

**C**omo sucede con Spinoza o Nietzsche, la obra de Adalbert Stifter parece determinada desde el momento mismo de su escritura a obtener una comprensión póstuma. El menosprecio y la crítica de los que fue objeto en su época se han invertido sólo de forma progresiva y tardía durante el siglo XX.<sup>1</sup> Su obra, hasta entonces caricaturizada como un conjunto informe de relatos costumbristas y cuentos infantiles, apareció por fin como un admirable caleidoscopio en cuyas sutiles miniaturas se proyectaban las grandezas y las miserias del género humano.<sup>2</sup> Sin duda contribuyó al citado demérito la proximidad entre la obra y la figura de Stifter y el movimiento contrarrevolucionario del mundo de entreguerras, que reclamó incluso al escritor austriaco como patrón y adelantado de su causa.<sup>3</sup> Sea como fuere, la mezcla entre estética e ideología estaba ya presente en la obra de Stifter mucho antes de que las generaciones posteriores advirtieran ese nexo. De hecho, sólo quien olvide las singulares circunstancias históricas que rodearon la biografía y la producción de Stifter podría pensar que sus relatos costumbristas poseen una inocencia genuina y un candor costumbrista sin otras implicaciones. El 'Prólogo a *Piedras de colores*', texto que nos ocupa, fue redactado por Stifter precisamente para acallar a aquellos críticos que sólo advertían lo evidente de sus escritos, esto es, su atención a lo pequeño y a lo cotidiano. Stifter insiste en estas páginas en que su interés no está, en modo alguno, en el relato pormenorizado y realista de escenarios y personajes comunes. Ése es tan sólo el medio para un fin más elevado. Su literatura es caleidoscópica: esas pequeñas piedras de

colores, sus relatos diminutos y pormenorizados, no ofrecen al lector sino una lupa, un cristal de aumento con el que transitar de lo cotidiano y mundano a lo universal y más elevado. Lo cotidiano aparece así como lo único universal. La literatura de Stifter, por tanto, no se limita a calcar descriptivamente escenarios y caracteres. Su obra es el precipitado de una cosmovisión, de una perspectiva sobre el mundo. Sólo así se entenderá el sentido de la "suave ley" que expone en el 'Prólogo a *Piedras de colores*'.

Esa suave ley, expone Stifter, "aspira a que cada uno sea respetado, honrado y libre de amenaza junto a sus semejantes, que cada uno pueda seguir su más alto camino, que pueda ganarse el amor y la admiración de sus prójimos, que pueda verse protegido como un objeto precioso, pues cada persona lo es para las demás. Esa ley se encuentra en todas partes, en cualquier lugar donde los hombres viven juntos, y se manifiesta siempre que alguien actúa en relación a otro. Se encuentra en el amor de los cónyuges el uno para el otro, en el amor de los padres para sus hijos, en el de éstos para sus padres, en el amor de hermanos y hermanas, de amigos, en la dulce inclinación de los sexos, en la laboriosidad que nos mantiene, en la

*Sea como fuere, la mezcla entre estética e ideología estaba ya presente en la obra de Stifter mucho antes de que las generaciones posteriores advirtieran ese nexo*

<sup>1</sup> Este lento proceso de reconsideración de la obra de Stifter tiene también sus ecos en lengua castellana. En 2008 se han editado hasta cuatro nuevas traducciones de algunos de sus títulos más importantes: *Verano tardío* (trad. de C. Gauger, Pre-Textos, Valencia); *Abdías* (trad. de C. D'Ors, Nórdica Libros, Madrid); *Brigitta* (trad. de I. Zubiazur, Bartleby Editores, Madrid, y trad. de E. Parra Membrives, Bienza, Sevilla) y *El sendero en el bosque* (trad. de C. D'Ors, Editorial Impedimenta, Madrid). La editorial Cátedra publicó en 1990 una selección de *Piedras de colores* a cargo de J. Conesa y J. Alborés, que no incluía el Prólogo.

<sup>2</sup> Entre quienes advirtieron la valía y el interés de la obra de Stifter se cuentan nombres tan importantes, y dispares, como los de Nietzsche, Thomas Mann, Heidegger, Rilke, Kafka, Hugo von Hoffmannsthal, Walter Benjamin o Hermann Hesse.

<sup>3</sup> Ejemplo paradigmático de este descrédito se percibe en la obra de Thomas Bernhard. En concreto, en *Maestros antiguos* (trad. de M. Sáenz, Alianza, Madrid, 2008), texto que describe el mundo interior de Reger, un respetado crítico musical, que durante 36 años ha acudido día sí, día no, a la misma sala del *Kunsthistorische Museum*, en Viena. En algunas de las páginas más inspiradas del texto, Bernhard pone en boca de Reger párrafos como el siguiente: "Stifter no es un genio, Stifter es un burgués de vida estrecha y un pequeño burgués mohoso que escribía de forma igualmente

actividad en que trabajamos para nuestro círculo próximo o distante y para la humanidad, y finalmente en el orden y en la forma con que todas las sociedades y estados han rodeado su existencia y la han llevado a término”. La suave ley, por tanto, es algo distinto del destino. Es el equilibrio fundamental, genuino y original que anima todo lo existente. La suave ley es el principio que garantiza la armonía elemental entre los hombres, el mundo y la divinidad. Sin el delicado imperio de esta ley adviene el caos, la melancolía se instauro y los vínculos se transforman en reyertas. No en vano la suave ley traduce la dulce armonía que ordena el mundo. Una armonía natural que restaura el orden en mitad del caos y la catástrofe: el remanso de paz que subyace en la trastienda del sinsabor humano. Se trata de una suave ley en dos sentidos: suave por su casi imperceptible labor; y suave por su efecto balsámico. La ley opera siempre, pero pasa inadvertida al espectador desatento, ocupado en lo evidente y más próximo. Además, se trata de una ley moral que opera en lo humano al modo que las leyes de la naturaleza lo hacen sobre el resto del mundo: “Igual que en la naturaleza, donde las leyes generales operan silenciosas e incesantemente y lo visible es tan sólo una expresión individual de éstas, ocurre con la ley moral, que sigilosamente anima el alma hacia una comunión final de los hombres con los hombres, de tal modo que los milagros de cada instante son sólo las pequeñas señales de esta fuerza general. Así, esa ley es la ley que sostiene a la humanidad, así como la ley de la naturaleza es la ley que sostiene al mundo”. De ahí que lo diminuto, lo mundano, incluso lo que se repite con monotonía, tenga para Stifter un interés mayor que lo excepcional: lo universal se manifiesta en la rutina; lo cotidiano es entonces lo único que importa.

Pero lo dicho no obsta para que la literatura de Stifter sea el eco de un movimiento intelectual conservador, el *Biedermeier*, que se extendió desde la decoración mobiliaria hasta la literatura en la Austria de mediados del siglo XIX. Merece la pena dedicar unas líneas a esta corriente.<sup>4</sup> Surgida en origen como un estilo decorativo sobrio e íntimo, la sencillez ornamental se transmutó a la postre en un valor de alcance político. El *Biedermeier* fue de hecho el estilo propio de la burguesía conservadora de la Europa central, resentida por la frustrada acción restauradora del Imperio austriaco. Recluidos en su intimidad y a menudo retirados a villas en el campo, los burgueses centroeuropeos afines al *Biedermeier* reclamaban para sí el sentido del viejo orden que se hacía presente en lo cotidiano. La sobriedad decorativa no era sino el reflejo de una ideología que bregaba por el apego a la tierra, por la resistencia a la innovación, por la defensa de los viejos valores, en suma, por un melancólico freno al progreso. La serenidad y el quietismo queridos para el día a día se correspondían con la tradición y el orden buscados en la vida en común. La armonía de la “suave ley” de Stifter recompone esta ecuación estético-política, no exenta además de vínculos con una moralidad pequeño-burguesa de tintes no pocas veces caricaturescos. No en vano el ‘Prólogo a *Piedras de colores*’ puede leerse como un escrito programático de una restauración estética que intenta cubrir las fallas de la Restauración que ocupó a la política

*No en vano, el ‘Prólogo a Piedras de colores’ puede leerse como un escrito programático de una restauración estética que intenta cubrir las fallas de la Restauración que ocupó la política europea durante el primer tercio del siglo XIX*

europea durante el primer tercio del siglo XIX. Pensemos que es un texto redactado en 1852, sólo cuatro años después de la nueva oleada revolucionaria del 48. Sea como fuere, la aspiración hacia un mundo regido por la armonía y la ausencia de conflictos y pasiones aparece como el utópico horizonte de expectativa de todo el movimiento, siendo además muy explícito en el caso de Stifter. Restaurar una naturaleza armónica que el tiempo ha erosionado: ésa es la tarea que dibuja la estética política del ‘Prólogo a *Piedras de colores*’. Una estética política atenta a lo “pequeño” como piedra de toque de esa recuperación, pues precisamente allí, en lo cotidiano, la suave ley se manifiesta con más hincapié.

A pesar de lo dicho, como Walter Benjamin subrayara, hay en la concepción estético-política de Stifter una confusión elemental, una contradicción básica: “Stifter posee una naturaleza doble, tiene dos rostros. En él la propensión a la pureza siempre ha surgido de la nostalgia de la justicia, extraviándose en lo pequeño y resurgiendo, desproporcionadamente magnificados, (¡es posible!) en la forma de una indiferenciación fantasmagórica entre pureza e impureza”.<sup>5</sup> No en vano para Benjamin, además, el prólogo a *Bunte Steinen* sería el reconocimiento implícito de esa contradicción, de “esa relación falaz e inesencial”, dice Benjamin, entre lo cotidiano y lo universal. El problema que señala Benjamin incide en la problemática suposición de una naturaleza armónica y justa. Suposición que se antoja, si no falaz, sí desde luego problemática en la medida en que es partícipe de una ideología muy concreta. El problema, dicho con Sebald, de este “concepto ideológico de naturaleza”,<sup>6</sup> remite por tanto a la complicidad ideológica de la estética de Stifter, como ya he subrayado al referirme al *Biedermeier*. Una complicidad o simpatía que no empaña, sin embargo, la vigencia y el interés de la obra de Stifter y de sus caleidoscópicas miniaturas.

Lo cierto, más bien, es que llegado el siglo XXI siguen teniendo vigencia las palabras que Hermann Hesse escribiera en 1922 acerca de la obra de Stifter: “Aparentemente nada está hoy más lejos de la juventud actual, nada le es más ajeno, anticuado e indiferente que Adalbert Stifter con sus miniaturas elaboradas con tanto amor. Pero basta leer su prólogo a las *Bunte Steinen*, y basta dejarse inspirar una vez por el espíritu de su arte, para desear que estas joyas lleguen también a las manos de las personas jóvenes de hoy. Porque con todo lo idílicas y miniaturistas que parecen a primera vista las obras de Stifter, por lejos que sus problemas estén de los que hoy son actuales, en algo fundamental y profundamente esencial es moderno, excitante y ejemplar, este modesto y viejo poeta: él busca, más allá de los problemas temporales suyos y nuestros, siempre con el alma ardiente, la

estrecha en calidad de pedagogo, que no respondió a las menores exigencias de la lengua, ni mucho menos hubiera sido capaz, yendo más lejos, de producir obras de arte, dijo Reger” (p. 52). O también: “Si Stifter cursificó totalmente la gran literatura de la forma más desvergonzada, Heidegger, el filósofo de la Selva Negra, cursificó la filosofía, Heidegger y Stifter, cada uno por su cuenta, a su manera, crucificaron desastrosamente la filosofía y la literatura... Heidegger era una cabeza cursi, dijo Reger, lo mismo que Stifter, que al fin y al cabo era realmente una figura trágica, a diferencia de Heidegger, que fue siempre sólo cómico, tan pequeño-burgués como Stifter, tan desoladoramente megalómano, un débil pensador prealpino, según creo, muy adecuado para el puchero filosófico alemán” (p. 61).

<sup>4</sup> Sobre el *Biedermeier*, véanse V. NEMOIANU, *The Taming of Romanticism: European Literature and the Age of Biedermeier*, Harvard UP, Londres/Cambridge, 1984, y unas pocas pero certeras palabras en I. HERNÁNDEZ Y M. MALDONADO, *Literatura alemana. Épocas y movimientos desde los orígenes hasta nuestros días*, Alianza, Madrid, 2003, cap. 6.

<sup>5</sup> W. BENJAMIN, ‘Stifter’, *Gesammelte Schriften*, II/2, Suhrkamp, Frankfurt, 1991, pp. 608-610.

<sup>6</sup> W. G. SEBALD, *Pútrida patria. Ensayos sobre literatura*, trad. de M. Sáenz, Anagrama, Barcelona, 2005, p. 77.

esencia de la verdadera humanidad y comienza su buscar y termina su encontrar en el espíritu del respeto profundo”.<sup>7</sup> Si pensamos como Hesse, todavía es posible ocuparse de Stifter con el empeño de ir más allá de lo evidente en su obra, esto es, haciendo efectiva su aspiración de trazar un vínculo entre lo cotidiano y lo universal. Sólo la relectura y traducción de sus obras, tarea todavía en parte pendiente en lengua castellana, podrá contribuir a esta actualidad de un autor no en vano preocupado por pensar lo contingente como manifestación de cuanto escapa a la constrictión del tiempo, presidiendo época tras época. Sólo así lo cotidiano devendrá rostro de lo universal.

